

LA MUJER QUE SIEMPRE SE SIENTA A SU LADO

En la mano le tiembla el libro que está a punto de caerse como fruto maduro sobre la almohada, pero el inspector tiene al día siguiente sesión del club de lectura y quiere acabar de leerlo, por eso lo agarra más fuerte, decidido a cumplir el compromiso y evitar esa falta de respeto con escritor que supondría no terminar la novela, no escucharlo hasta el fin. Parecería que lo deja con la palabra en la boca y que se aleja a otro mundo, a otra realidad, con displicencia. Como su objetivo es llegar hasta el fin de la novela, se resiste en la cama a que el sueño y otros pensamientos entorpezcan este propósito. Sabe, además, que la asistencia al club le surte de oportunidades para olvidar la comisaría y para conversar con amigos, especialmente con la chica que siempre se sienta a su lado. Se trata de una mujer taciturna, sumida en la depresión desde que su única hija de trece años fuera asesinada hace años por un compañero de clase. Ver luego al asesino salido del reformatorio y convertido en la estrella del club de fútbol oriolano redobló su desgracia. Pero el hecho espantoso que ahora se va a referir constituye un giro del destino, una paliativo de su dolor. Como nunca hablan del trabajo en las sesiones del club, el inspector tampoco piensa hacerlo mañana, aunque la semana pasada fue tan dura para todos que le va a costar mucho trabajo guardar silencio sobre ella.

El lunes, el inspector entraba de guardia cuando tuvo ocasión de interrogar en la comisaria de Orihuela a Simón, "el Miravent". El sopor de la noche invadía las estancias humedeciendo los rostros de los agentes y ahondando la misantropía de los calabozos. La catedral anunciaba las dos de la madrugada mientras el oficial Romero, con rodiales tangenciales de pecho y espalda entró acompañado de Simón, un viejo vagabundo barbado, de joven muy leído, apodado "el Miravent" no solo por semejanza con el arrepentido de la trama *Gürtel*, aquel ejecutivo que se hizo famoso por su feliz huida al hippismo sino también porque el propio mendigo imitaba al personaje, parasitando su alma. Como solía hacer con todos los testigos, Romero proporcionó agua y asiento al vagabundo y se sentó en la mesa. Los dos esperaban la atención del inspector, absortos

en las noticias de la radio. La joven locutora parecía lamentarse: un lobo solitario, siguiendo la consigna del ISIS, había troceado vivo a un infiel con una motosierra tras el acostumbrado grito de "Alá es grande". Pese al destrozo causado se había podido identificar a la víctima: se trataba de un joven oriolano, futbolista del equipo local. La ciudad estaba consternada imaginando los restos de la víctima aleatoria desparramados sobre el pavimento de la glorieta y todos, excepto los familiares del muerto que seguramente hubieran preferido una elección más incierta, compartían el alivio de la locutora porque sucediera a altas horas de la noche, sin chiquitos correteando, ya que el parque era un punto de encuentro muy frecuentado. Gracias a Dios, a esa hora únicamente dormía en las inmediaciones el mendigo habitual Simón, "el Miravent", terminaba la locutora antes de dar paso a la cansina selección musical de madrugada.

Al encarar al vagabundo, el inspector tuvo que respirar profundamente mientras se reclinaba en su silla porque desde el principio presintió, además de la rotunda vaharada del brandy barato, una soterrada malicia en el desvarío del vagabundo, una atemorizante locura apreciativa aunque, a decir verdad, el inspector desconocía aún su trascendencia, porque su dolor todavía recorría aquel sendero flanqueado de bulagas donde la encontró muerta. Sí, habían transcurrido varios años desde que esa niña fuera violada y asesinada en los arrabales de la ciudad y el negro aturdimiento de la madre, su amiga del club, la que siempre se sienta a su lado, le impedía todavía concentrarse en ciertos asuntos. Ahora por fin el asesino ya no andaría libre, campando a sus anchas entre las muchachas en flor como un torerillo valiente, dispuesto a más gestas. Pero el inspector recordó que debía ir al grano, centrarse en el atentado yihadista. Solamente disponían de un testigo: una señora insomne que salió al balcón de un décimo piso alarmada por el ruido de la motosierra y que al momento pudo ver el arranque de un vehículo blanco en el que huyó el asesino. El inspector opinaba que esta declaración no era determinante para el esclarecimiento de los hechos. Por eso la presencia del vagabundo era tan importante.

El inspector balbuceando ligeramente le requirió su identificación pero Simón, "el Miravent" interrumpió la pregunta con un enunciado abrupto que tuvo el sonido de una extravagancia.

- No me da la gana, zas, zas- repuso

El inspector, amenazante, se adelantó unos pasos hacia él con su característico andar patizambo, herencia de una artrosis sin tratar, como si fuera un marinero limpiando la cubierta de un antiguo velero. Entonces "el Miravent", asustado, añadió de corrido:

- Me llamo Simón Bacigalupo Pasarón, para servirle, aunque como sabrá este nombre es falso, en realidad soy "el Miravent". ¡Ah! yo era un yonqui del sobre, una máquina de hacer dinero, pim pam, pim pam, todo el día. Pim pam pim pam y diré, parafraseando a Gil de Biedma, yo creí que quería ser un buen letrado, pero en el fondo resulta que quería ser un delincuente, señor policía. Fui un abogado al servicio de poderosos y corruptos, permítame la tautología. Porque la corrupción cimienta todo poder establecido. Al final, los regímenes políticos, créame, solo se diferencian por la libertad de crítica.

Sabiendo que el vagabundo era presa de su delirio, el inspector le dejó hablar, aprovechando el tiempo para sucumbir también a sus evocaciones inevitables: el inspector fumando insomne atento al teléfono silente, el inspector junto al cadáver de la niña en las bulagas, y luego el inspector recordando mil veces estos recuerdos y siempre jurando al final que vengaría su muerte y con ella el dolor de la mujer del club de lectura.

- Pero yendo al asunto, dígame, Simón, ¿presenció usted los hechos?

- Como ya le he dicho a los periodistas, allí sobre mi cartón del parque donde siento la liberación de la botella y la mística de la contemplación, veo muchas, muchas cosas, inspector, y me consta que la gente pierde el tiempo en banalidades. En lugar de componer sonetos alejandrinos que es lo que libera en realidad, la gente, ya le digo, vive en *matrix*. Lo advierto porque decididamente ya no soy de la gente, no, no, y no: Pablo Iglesias me ha excluido, sufro la invectiva contra sus no votantes, ahora soy un zombie, un orco de mordor, un fantasma, tal vez un holograma, pero gente, lo que se dice gente, no, quang quang quang. Además, como puede observar, para colmo de desdichas también soy un yonqui de las onomatopeyas,

Por entonces el interrogatorio hacía sentirse al inspector sobre arenas movedizas porque no podía controlar el orden en la declaración y

el orden lo era todo en la vida. Detestaba que la fiscalía objetara luego su trabajo y propiciara una investigación paralela y por supuesto que un mindundi como el vagabundo se burlara de él, por muy intelectual que fuera.

- Simón, calle de una vez, hábleme solo del atentado

-¿Qué quiere que le diga? ¿Un resumen? ¿Una frase redonda tal vez? Pues sepa inspector que nunca pronuncié frases lapidarias en los momentos cruciales de la vida. Esas de las que todos presumen, como si fueran personajes borgianos muertos en legendarias cargas de caballería. Sabe lo que le digo, que no es verdad, yo creo que se las inventan a posteriori, "se non è vero, è ben trovato". La historia y la literatura se elevan sobre grandes mentira. Aquí donde me tiene, apenas alcanzo a balbucear en los hitos de la vida. Sin ir más lejos, cuando presencié esta noche el horrible desmembramiento del futbolista zas zas zas, me quedé mudo de horror. Al verlo adentrarse a esas horas en la glorieta, presentí la maldad acechante sobre el chaval, pero nunca imaginé que esa maldad fuera la morisma. Ahora bien, si la policía lo sostiene, yo no digo nada, solo puedo asegurar que las setenta y dos huríes del paraíso deberán esperar un poco más, porque el presunto morico criminal no ha muerto todavía.

Cuando declinaban tanto la noche como la deposición, Simón susurró, malicioso y perspicaz aprovechando que el oficial Romero había salido:

Inspector, inspector, escuche. Ahora que estamos solos le diré que la sombra justiciera, no se me enfade, era zamba como usted, je je je, qué casualidad ¿no? ¡Ah! Pero, tranquilícese, que yo: chist chist chist y luego siguió delirando con su soterrada malicia, en un continuo desvarío.

Mañana cuando el inspector asista al club de lectura la mujer que siempre se sienta a su lado, podrá esbozar tal vez una sonrisa, podrá descansar por fin, con esta justicia poética de los hados, con el castigo al asesino de su hija. Y en cuanto a Simón, "el Miravent" y su peligrosa lengua vivaracha, tiempo habrá de pensar en él, se dice justo al terminar la lectura.

FIN